

IV El terruño

EL HOMBRE Y EL SUELO. TERRUÑO, TERRITORIO.
EL HABITAT RURAL, LA CASA. PAISAJES

La caída del Imperio Romano, el difícil establecimiento de los reinos germánicos, el abandono de las prácticas administrativas, las guerras y desórdenes de todo tipo habían modificado profundamente (menos, no obstante, de lo que se suele creer) el paisaje antiguo. Algunas ciudades, considerablemente menguadas, subsisten aquí y allá, pero la inmensa mayoría de los humanos se reparte por colonias minúsculas, diseminadas por una inmensidad que escapa en gran parte a su control, asediada por una naturaleza indómita y amenazadora. ¿Cuánta gente, de un extremo a otro de Europa, ocupa estos espacios discontinuos? Las estimaciones sólo pueden ser aproximadas. Setenta u ochenta millones de habitantes para el conjunto del continente a finales del próspero siglo XIII sería una cifra verosímil. La Gran Peste de los años 1347-1350 debió acabar con cerca del 40% de esta población. En el siglo XV, gran ascenso; hacia 1600, se ha recuperado el nivel de 1300¹. Sin embargo, los números no quieren decir nada en sí mis-

¹ Cardini, págs. 59-64.

mos: habida cuenta de la baja productividad agrícola, la Francia de los siglos XII y XIII está superpoblada; está sembrada de regiones desérticas, pero las zonas habitadas lo son de forma relativamente densa. En Inglaterra, en Italia, la distribución parece más regular.

Más adelante, hasta los siglos XVI, XVII, incluso XVIII, se establecerán y se intensificarán las comunicaciones entre las zonas habitadas, se abrirán los límites del espacio dominado. En cualquier caso, el periodo medieval de Occidente se opone con fuerza a nuestra época por la relación del hombre con el espacio, que está determinada por el hecho y la conciencia de un aislamiento. Estudios como el de S. Weinberger sobre las familias campesinas de Provenza revelan el estrecho vínculo existente entre la dispersión del hábitat y la rigidez (compensatoria en cierta medida) de las estructuras familiares. A partir del siglo XI éstas tienden a flexibilizarse un poco, a medida que se va ampliando el espacio agrícola². Tendrá que transcurrir casi un milenio para que se borren las últimas huellas de un modelo heredado sin duda del neolítico.

Las estructuras de la agricultura romana se habían desarticulado antes incluso de las invasiones germánicas. Estas últimas provocan el abandono de muchas regiones habitadas. En los siglos IX y X se produce pues (especialmente en las regiones no romanizadas), una inestabilidad general, cuyos efectos se amplifican por la densidad relativamente baja de la población. Durante la Alta Edad Media, la inmensa mayoría de los occidentales (independientemente de su situación jurídica) vivió en los escasos burgos rurales, los *vici*, modestos centros del comercio y la artesanía locales (y a veces sede de un arzobispado), aldeas separadas por enormes distancias, a veces abandonadas tras varias generaciones, y pequeñas explotaciones aisladas —cuya tradición, que se remonta, en los países del Norte, a un pasado muy lejano, se extendió hasta las orillas del Mediterráneo y se mantendrá, aquí y allá, durante siglos. No obstante, pronto empieza a dibujarse una tendencia, más fuerte en el Sur que en el Norte, hacia la concentración, la agrupación, el aumento del espacio colectivamente habitado. La arqueología nos suministra sobre este punto unos datos, difícilmente generalizables, es verdad, pero de los que se pueden deducir dos hechos: a partir del siglo IX, el campesino occidental está profundamente arraigado en su tie-

² Pitte, I, págs. 92-94.

ra; y en los siglos X y XI, la aldea, el pueblo, tal y como lo conocíamos apenas ayer, existe y se convierte en la forma corriente de hábitar.

Generalmente, son lugares que no han cambiado hasta nuestros días. Desde alrededor del año 1100, parecen definitivamente fijados. El régimen señorial, que triunfaba por todas partes hacia el año mil, fue quizá la causa principal de esta estabilidad pues (a cambio de un cierto sometimiento de los villanos) teja alrededor de los bienes inmuebles, tierras y casas, una red tan tupida de lazos jurídicos que garantizaba para ellos, salvo accidente, una posesión permanente. Toda la sociedad feudal, basada en la concesión del suelo, parece haber modificado así la actitud antigua del hombre hacia el espacio, ligando explícitamente a éste su destino, convirtiéndolo en la medida del derecho, es decir, de la justicia, de la paz y, en definitiva, de la salvación.

Contamos con numerosas monografías sobre las aldeas medievales en territorio romano, anglosajón y germánico. Las imágenes que nos muestran son de gran diversidad. Generalmente agrupada, pocas veces de estructura alargada, la aldea cuenta con un pequeño número de edificios, como mucho unas decenas, cabañas destinadas a vivienda, cobertizos para el ganado, graneros para conservar los alimentos. Cabaña, establo, granero, con la huerta, la parra, el campo de cáñamo, suelen formar una parcela, generalmente rodeada de una empalizada o un seto que circunscribe este *lugar*. Hasta mucho después de la Edad Media, el derecho consuetudinario y el lenguaje administrativo consagrarán esta situación, contabilizando los contribuyentes y los súbditos del rey, no por «cabezas», sino por «hogares» (*feux*): la realidad humana y la unidad de lugar tienen como marca la unidad del hogar. Alrededor de las parcelas un muro a veces, en general cruces clavadas en la tierra que delimitan el espacio de la aldea. Fuera de las marcas se tolera la instalación de los *visitantes*, es decir, extranjeros, *horraíns* («los de fuera») siempre más o menos sospechosos, a pesar de las tradiciones de hospitalidad. Los límites y los pastos se extienden hasta lo que se suele llamar «terreno baldío», el espacio inútil. No obstante, la vida colectiva se organiza alrededor del centro doble del que procede toda autoridad: el castillo del señor, a veces modesta torre de madera sobre su mota fortificada, y la iglesia con el cementerio, lugar de refugio en el que a veces se permite a un desterrado construirse una choza. Las aldeas más desarrolladas cuentan con molino, forja, una plaza pública, el puesto de algún artesano.

De esta confusión de estructuras no se deduce ninguna geometría; no se ha elaborado ninguna medición abstracta para encuadrarlas, racionalizarlas, captarlas. Sólo se conservan restos del catastro romano alrededor del Mediterráneo; las técnicas de agrimensura se perdieron en la Baja Antigüedad; quizá quedó alguna reminiscencia (según E. Guidoni) en algunos anglosajones del siglo VII; el siglo XV las volverá a descubrir. Mientras tanto, sólo el *Domesday Book* inglés, por iniciativa de Guillermo el Conquistador o de su sucesor, parece haber intentado una descripción más o menos sistemática de las tierras cultivadas y fiscalizadas de un reino.

Y sin embargo, este mundo sólo es inmutable en apariencia: desde la Alta Edad Media, la implantación de monasterios en regiones hasta entonces desiertas consigue modificar profundamente su ecología y su aspecto, por ejemplo, con la creación de viñedos, indispensables para el ejercicio de la liturgia. A partir de 1200, los pioneros, avanzando cada vez más lejos por el «desierto», se van estableciendo y creando un espacio nuevo, lejos de las aldeas de origen, alrededor de una casa que construyen con sus manos, aislada, defendida por la cerca con la que la rodean. Todo Occidente, en el siglo XIII, está sembrado de *cercados*. Los príncipes, laicos o eclesiásticos, están muy interesados en este fenómeno y, mediante la concesión de diferentes franquicias, fomentan la construcción de nuevas aldeas, denominados en Francia con nombres como *châteauneuf*, en Occitania *casthanu* cuando se edifican en las proximidades de un castillo, *sanzet* si está cerca de una iglesia. En los siglos XII y XIII son numerosas; el movimiento llega en el siglo XIV a los confines germanoeslavos. Sin embargo, la era europea de las aldeas (sobre las que se basaba el edificio económico y social) ya ha llegado a su fin. Ahora es la hora de las ciudades, en plena expansión, y a ellas les corresponde la tarea de elaborar los modelos futuros.

Los siglos XIV, XV, XVI ven sucederse en todo Occidente vanas revueltas campesinas. Centenares de pueblos quedan desiertos y desparecen. Se ha culpado a las guerras y a la Peste de este retroceso, pero no lo explican todo. Alemania e Inglaterra se vieron mucho más afectadas que Francia. Cerca de la mitad de los pueblos entre el Elba y el Weser quedaron abandonados, la cuarta parte en Franconia, en Suabia y el Alsacia; doscientos cincuenta pueblos desaparecen de Toscana, casi otro tanto de Castilla; ciento treinta en Artois. Son meros

ejemplos. Todas estas cifras se han cuestionado, y mucho más las fechas a las que remiten. Parece seguro hoy en día que el proceso fue largo, se prolongó en algunas regiones hasta 1550 y, en su conjunto, representa menos una extinción que un amplio cuestionamiento de lo que había sido el espacio rural de la Edad Media³. No es casual, no obstante, que esta larga crisis haya coincidido cronológicamente con el inicio de las expediciones marítimas a regiones alejadas.

El pueblo constituyó hasta entonces, durante seiscientos o setecientos años (incluso para aquellos, como los pastores, a quienes su oficio imponía un seminomadismo) la estructura territorial elemental. Ofecía a sus habitantes la medida del mundo. A partir de él se organizaban el reparto de las tierras cultivadas y de aquellas de las que el ingenio humano se apoderaría tarde o temprano; el trazado de los caminos y senderos; las costumbres que regían (con innumerables variantes locales) el uso de los bienes, la fiscalidad, la aplicación de la justicia. Sin embargo, el pueblo no cumplía normalmente ninguna función defensiva, salvo (al menos en su origen) los «pueblos colgados» de las regiones mediterráneas, que dominan desde lo alto la llanura. A lo largo de los siglos X y XI, el pueblo se convirtió generalmente en unidad de culto y de vida religiosa: la lenta cristianización del campo había supuesto hacía tiempo la creación en algunas regiones de parroquias rurales; pasado el año mil, la red es lo bastante tupida como para cubrir más o menos la de los pueblos. A menudo la iglesia, único edificio de piedra del pueblo (junto con el castillo), significa también protección material en tiempos de guerra; a su alrededor gravita una parte de la actividad económica local, lo que despierta mucha codicia. La existencia cotidiana y la forma de pensar de los aldeanos, sin perder gran cosa de sus antiguas costumbres y mentalidades paganas, se colorean con matices cristianos, más o menos alimentados por el bajo clero, cuya incultura y mala conducta es de buen tono denigrar (¿quizá con razón?) por parte de las clases elevadas. Este bagaje de creencias poco coherentes y de prácticas a veces clandestinas provee a la mayoría de los humanos de los únicos instrumentos que poseen para interpretar el mundo y, especialmente, para evaluar su espacio.

Al margen de su rango social, el europeo de aquella época es bá-

³ Chapelot-Fossier, págs. 168-172; véase Percy 1991.

sicamente un campesino. La mayor parte de los habitantes de las ciudades no han roto con sus costumbres pueblerinas. La inmensa mayoría de los humanos nace y muere en el mismo lugar; un número sin duda casi igual no se muere nunca de allí, pasando toda su vida dentro del capullo estrecho de las solidaridades, consentidas o no, en las que se encierra la existencia. Allí estamos protegidos, somos felices. Una literatura abundante, entre los siglos XII y XV, presenta, en todos los idiomas, la despreocupación, la alegría, la picardía campesinas, más que las miserias de esta condición. La vida cotidiana se alimenta con pequeños conflictos, peleas de vecinos, que son como la espuma de una gran corriente vital; la desconfianza hereditaria provoca dramas que son la medida del tiempo. La justicia del señor restablece, pese a quien pese, el equilibrio. E. Britton ha identificado y analizado doscientos incidentes de este tipo acaecidos en medio siglo en el pueblo inglés de Broughton.

Solidaridad de pareja, el hombre y la mujer, unidos a la misma faena, expuestos a las mismas pruebas; solidaridad familiar, más fuerte todavía, bajo la autoridad del patriarca remanente; solidaridad que engendra la presencia de la iglesia, del cementerio, de cualquier asociación pia; la que impone la gestión señorial, a causa de las corveas, pero también porque es importante hacer frente a posibles exacciones: tantos lazos no son los únicos que consolidan la comunidad, encerrándola todavía más en su espacio propio. Están las fiestas solemnes y las que se remontan a antiguos ritos agrarios, está la necesidad de ayuda mutua, los trabajos de equipo para el esquilado, la siega, la trilla, la vendimia, la agrupación de los rebaños y la elección del pastor a quien se les confían, las mujeres encorvadas una junto a otra en el lavadero, o de noche, haciendo girar la rueda en casa de una de ellas, desgranando el repertorio de viejas canciones; está la charla bajo el roble de la plaza o en el banco del molinero. A veces, un muchacho elige esposa allá lejos, y hace falta tiempo para asimilar a la recién llegada. Lo que llega de fuera es sospechoso, y suscita una curiosidad insaciable. La vida campesina tiene una dimensión afectiva original, incomparable, que sale a la luz en cualquier evocación del pasado, cualquier representación metafórica del universo, cualquier imaginación de sus espacios.

La tradición latina distinguía, en las extensiones de tierra que escapaban del bosque, *ager*, el suelo cultivado, y *sallus*, el barbecho. Des-

de los siglos II y III se amplía el segundo en detrimento del primero. A pesar de las fluctuaciones de esta historia, la superficie agrícola ya sólo representará, hasta la época moderna, una fracción de las tierras disponibles. Los rebaños trashumantes surcan las laderas de los países llanos, los veranaderos de montaña, el monte bajo, medio ecológico frágil, sometido a incendios periódicos. No obstante, el *ager* no deja de extenderse: durante los siglos de la Edad Media, el hombre de Occidente trabaja oscuramente, incansablemente para anexarse nuevos territorios: por extensión, ampliación de los límites, en las roturaciones, por descubrimiento y creación, cuando se fundan monasterios; o también, éxito aún más admirable, durante los cuatrocientos o quinientos años que necesitaron los campesinos de Zelanda, de Holanda o de Frisia para convertir el delta del Rin en la región próspera que, hacia 1400, se había convertido en casi una gran potencia. Sin embargo, estas implantaciones nuevas nunca se alejaron demasiado de sus lugares de origen. A partir del siglo XIII, los viajeros se apresuraron a llegar a Asia, África, incluso las islas remotas, pero nunca se empujaron, bajo estos cielos lejanos, un proceso de territorialización. El viajero siempre volvía a su lugar de origen, incluso el veneciano Marco Polo tras veinticinco años de estancia en China. Los príncipes y los mercaderes que financiaron la primera expedición de Cristóbal Colón pensaban en el beneficio comercial, no en nuevos territorios. La escala misma de las extensiones descubiertas y el encadenamiento de necesidades que condujo hasta su colonización acabaron con esta extraordinaria reserva (¿o timidez? ¿o impotencia?) de la sociedad medieval. Ya está muy avanzado el siglo XVI.

La extensión del *ager*, hacia 1300, había alcanzado en Francia un punto de equilibrio: todos los medios naturales explotables con los métodos o las técnicas en uso habían sido sometidos al control del hombre. Entonces se detendrá esta progresión por varios siglos. Al menos, en los suelos así domeñados, se fijarán unas formas, ricas (para los que las viven) en significados emotivos: campos abiertos de Renania, del norte de Francia, de los Midlands ingleses; *bocker* al Oeste; parcelas al Sur, rodeadas por árboles o muros de piedra seca; estrechas terrazas cerealeras de los montes de Vivarais o de Rouergue. Ni siquiera en los siglos XVII y XVIII, cuando se reanuda el movimiento de expansión, se verá afectada la relación profunda que une al hombre y su tierra, ni lo estará hasta principios del siglo XX.

Relación corporal (antes del maquinismo), inamovible (antes de la concentración o del trazado de carreteras), exclusiva (sin la invasión anual de los veraneantes), pesada, sometida a un entorno perfectamente personalizado: lo contrario de lo que ocurre en nuestros días. Tellúrico, el hombre siente que forma parte de la tierra que pisa; camina sobre algo sólido. Tiene que darse una larga experiencia o una necesidad imperiosa para que, temerariamente, se lance sobre las aguas. El contexto de cada una de las palabras que pronuncia es la materia misma de este sustrato tan estable, unas veces generoso y otras ingrato.

Sus labores se desarrollan de acuerdo con las costumbres tradicionales, hasta el punto de diferenciarse mal de los ciclos naturales. Su representación figurada (aunque haya evolucionado en los detalles) pasa a ser en el siglo XII uno de los temas favoritos de la escultura románica, y en el siglo XIII, de la pintura mural y del vitral, consagrado así a la exaltación del orden divino. El autor de una miniatura del siglo XIII la integra en una visión explícitamente cosmológica, en un círculo concéntrico al del zodiaco, alrededor de una imagen central del Día y de la Noche⁴. Lo que manifiesta aquí la obra de arte, en el registro simbólico que es el suyo, es la multiplicidad y la estrechez de los vínculos que unen a la gleba con el espíritu del hombre, tanto o más que con su cuerpo.

El tamaño de una hacienda se expresa con el tiempo o el número de arados necesarios para labrarla, la cantidad de semilla que exige. El *journal* francés, el *Morgen* alemán, el *journal* castellano, es la parcela que se puede arar en un día. Son medidas poco precisas, pero cálidas, inutilizables sin referencia a una presencia humana particular. Sin duda, el vínculo adquiere matices diferentes dependiendo de la variedad de los terrenos y del tipo de esfuerzo que exige su cultivo: la unidad real que forma el labrador, su tarea cotidiana, sus herramientas, sus animales y sus campos, puede no ser idéntica dependiendo de que la tierra sea arcillosa, caliza o de otro tipo.

La estabilidad de las estrategias mediante las cuales el hombre se esfuerza por explotar su entorno suaviza (hasta borrarlo con el paso de los días) lo que le diferencia de éste. Es verdad que la tierra es su bien, pero el régimen de tenencia y toda la ideología feudal que lo engloba suelen borrar de su cabeza la idea de propiedad: lo que queda,

⁴ Chartot, pág. 233.

es una especie de amor, difícil pero vital, parte de la conciencia que tiene de sí como individuo y como miembro de la comunidad a la que pertenece. Generalmente, el estatuto jurídico de la tierra (libre o servil, plebeya o noble) no se diferencia del del hombre. El francés *rozier* significa literalmente «labrador», los copistas lo transcriben en latín *rapiarius*, «el que rompe el suelo, quiebra los terrones». Las lenguas germánicas designan con palabras procedentes de la misma raíz la nobleza y las tierras familiares; el francés *alleu* (o el español *alodio*) podían venir de esta raíz⁵. La tierra, que le viene del rey al gran señor, de su soberano al vasallo, sobre la que se afanan todo el año los labriegos, los sostiene a todos. En francés antiguo no existe la palabra *sol*, «suelo», que implica la abstracción de una distancia; no aparecerá hasta 1510, prestado del latín culto. Antes sólo se decía *terre*, «tierra», para designar al mismo tiempo lo que labramos y sobre lo que caemos, donde descansamos, sobre lo que se asientan casas e iglesias, y donde acabaremos tendidos para esperar el Juicio Final.

Las plantas que engendra espontáneamente esta tierra, y las que en ella cultivamos, son las mismas de año en año. Sus especies tienen la inmutabilidad aparente de las formas del terreno. Sin embargo, de vez en cuando, se produce un cambio, rápidamente aprovechado por las costumbres. En los siglos XII y XIII, los cruzados trajeron de Oriente vegetales desconocidos hasta entonces, que se aclimataron sin problemas: por ejemplo, para ornato de los jardines nobles, el clavel, hacia 1270. En el siglo XV, en los montes del Vivarais, el castaño, árbol local desde siempre, se vuelve (sin duda por un aumento de las necesidades alimenticias) objeto de una pasión tal, que se ha hablado de este fenómeno como de un maremoto, que llevará, hacia 1600, a un monocultivo casi absoluto de esta planta. El siglo XIV traerá en este terreno un desbloqueo rápido de costumbres muy antiguas. A las coles, habas y nabos de los huertos magníficamente cuidados que rodean las chozas rurales, se suman poco a poco, importadas de Italia a través del sur de Francia, calabazas, berenjenas, alcachofas, lechugas; venidos de América, tomates y pimientos; el alforfón manchú empieza a alternar con el centeno indígena, antes de la lenta difusión del maíz inca entre 1550 y 1651⁶: consecuencias agrícolas del gran descubri-

⁵ Gourevitch, págs. 50-52 y 81.

⁶ Pitte, II, págs. 52-61; Guyot-Gibassier, págs. 117-118.

miento del mundo. Lo mismo ocurre con las técnicas. La Alta Edad Media adopta (aportación de los invasores llegados de Asia) la collar para enganchar el caballo, lo que aumentará mucho el rendimiento del animal; en la segunda mitad del siglo XII aparece en Francia y en Inglaterra el molino de viento, invención también asiática que se extenderá en el siglo XIII por toda Europa, en los lugares donde un régimen de vientos regulares garantiza un aprovechamiento fácil. A estas dos revoluciones, se adaptaron al mismo tiempo el hombre, que se aprovechaba de ellas, y la tierra en la que se integraron, modificando en cierta forma su apariencia.

*

La unión del hombre y del espacio es el fundamento del «territorio», espacio civilizado de aquel que, mediante su trabajo, se lo apropia, creando un derecho. De este modo, el territorio es al mismo tiempo condición y resultado de la existencia terrenal. Los animales también tienen el suyo, y languidecen cuando se los aleja de él, aunque sólo afecte a la búsqueda de la comida y al instinto de reproducción. Para el hombre, que lo concibe a partir y alrededor de un lugar, como una red de actividades y de valores, es el soporte de las prácticas sociales, fundamento de la organización, de la disciplina, de la funcionalidad. Incluso el nomadismo, como es sabido, se inscribe en un «territorio»: la palabra, en el uso que le da la antropología social, evoca así, con la tierra, el mito, el ritual, la emoción, las labores, el juego, el arte, el ejercicio de un poder espiritual oculto, origen y justificación de las costumbres. El hombre, la comunidad establecida en una región particular de amplios horizontes húmedos y llanos, no puede ser la misma que la de los insulares, los montañeses, los ribereños de un gran río. En unos y otros, el territorio ha suscitado formas de comunicación, estrategias de defensa, costumbres alimenticias diferentes, por no decir incompatibles. No obstante, parece ser que siempre subsiste algún resto de una concepción arcaica que convierte el territorio en un cuerpo vivo, con el que el hombre mantiene una relación de amistad, de fraternidad y de concesiones recíprocas.

Desde el exterior del territorio llegan los maleficios; el interior es asilo, claustro sin estrecheces dentro de los límites de una comunidad; dentro de los límites de la representación colectiva que forma de ella

este grupo de hombres y mujeres. También surgen entre ellos fuerzas desintegradoras (aunque sólo sea la agresividad individual), pero ganan las de la integración, engendradas por la pertenencia al mismo trozo de tierra —en el que el discurso de la identidad se articula sobre signos reconocidos, evidentes, aunque quizá absurdos para los de fuera.

El territorio es objeto de conocimiento, conocimiento que participa a su vez en su definición. Los parajes, los caminos que llevan hasta ellos, las relaciones mutuas entre los humanos, los productos de su labor: quizá no todo el mundo en la comunidad sabe hacerlo todo, pero la ausencia completa de un conocimiento determinado desenmascara al extraño, el enemigo potencial. Más aún: hay un secreto enterrado en el territorio, cuya importancia atestiguan los antepasados legendarios. El territorio *contiene* la historia de los hombres que lo han hecho y que viven en él. Tácitamente, la está narrando; los ancianos se acompañan a este ritmo y la verbalizan. Los jóvenes aprenden de ellos que el territorio *es* relato. Cada región tiene sus cuentos tradicionales; aunque se trate de extensiones muy grandes, cada vez que se escuchan se reciben como «de casa», como si sólo nos revelarían a nosotros la totalidad de su sentido. Hemos perdido casi todo lo que así cantaron, contaron, representaron durante siglos nuestros antepasados medievales, bajo el olmo del patio o ante el fuego del hogar. No podemos dudar no obstante que haya sido una de las fuentes más poderosas de un arte y de una poesía de los que sólo conocemos milagrosamente algunos hitos excepcionales. Un territorio implica memoria larga: los topónimos marcan sus puntos de referencia. Como escribió A. Corboz, constituye un «horizonte de referencia»: formula una intención simbólica, un proyecto, exige una inventiva incesante⁷. Está luchando contra la muerte.

El «territorio» medieval es íntimamente un *terruño*. La historia de estas dos palabras ilustra varios rasgos de una mentalidad. El latín *territorium*, que en Roma designaba el espacio agrícola que dependía de una ciudad, en la época medieval se fue contaminando con *terra*, con sus densas connotaciones afectivas. Convertido en *territorium*, dio, por evolución natural, en el lenguaje popular, *terroir*, en francés, cuyo uso está documentado desde los albores de esta lengua, del Nor-

⁷ Corboz, págs. 14-17; Amphoux-Pillet, págs. 274-284, 298-308.

te al Sur y del Este al Oeste del antiguo territorio galo. *Territoire* llegó del latín, a finales del siglo XIII, a través de la lengua administrativa para designar una jurisdicción. *Terroir* (terruño): espacio de arraigo y de experiencia profunda, patria chica, en la que mejor se puede medir el tiempo por el color de las hojas o la forma de las nubes. El elemento afectivo que lleva implícito se suele expresar en francés antiguo con la palabra *pays*, de sentido impreciso, pero de personalidad fortísima. Es un tópico poético evocar tristemente el «doux pays» en contextos en los que se deplora su lejanía o su pérdida. El hermoso *roman de La Mort le roi Artu*, de mediados del siglo XIII, pone en boca de Lancelot, condenado a abandonar el país de Logres, en el que ha vivido mucho tiempo, un patético lamento: allí, y en ningún otro lugar, recuerda el pobre desgraciado, había amasado tanta fortuna y recibido tales honores... todo lo que el un caballero bien nacido puede esperar del destino, fuente de felicidad⁸. El término de *pays* aparece sesenta y tres veces en esta obra, siempre con la misma determinación fuerte, personal y concreta. Lo mismo ocurre con Chrétien de Troyes, entre 1160 y 1190⁹. A finales del siglo XV, la palabra pasará a designar la tierra natal de forma lo suficientemente amplia como para abarcar, al menos en el uso de determinadas personas, una gran región, incluso todo un reino. Sin embargo, sigue estando lo bastante vivo su significado antiguo como para que se reproche al cardenal Du Bellay su preferencia por el uso de la palabra *patrie*, tomada hacia 1510 del italiano.

*

El centro a partir del que se organizan estas relaciones, la fuente de la que brota la energía que las hace fecundas, es para cada individuo su casa. El francés antiguo cuenta, para designarla, con dos palabras cuyos matices respectivos constituyen un campo semántico extenso y complejo, y revelan una sensibilidad determinada: *maison* y *hôtel*, que son intercambiables en el uso corriente, pero remiten, el primero a un edificio, el segundo a la idea de estancia y de refugio. Lo mismo ocurre con los términos italianos correspondientes, quizá pres-

⁸ Edición J. Frappier, Ginebra, Droz, 1964, pág. 163.

⁹ Ollier 1989; Kunstmann.

tados del francés: *magione* y *ostello*. Otros términos, más localistas o más técnicos, contribuyen a ampliar este horizonte de sentido: el *pourpris* parisino remite al cercado de un lugar; la *masure* campesina y el *manoir* (de la misma familia etimológica, del latín *manere*, «permanecer») son indisolubles de la casa y del suelo sobre el que se alzan, donde el hombre «morar». Todas las lenguas germánicas utilizan una palabra que procede del antiguo *hús*, que viene con seguridad de la misma raíz que el francés *hutte* (choza), quizá emparentado con el inglés *hide*, que significa ocultar, cubrir, proteger.

Espacio de la familia, de las tradiciones que la mantienen, de la autoridad paterna que la dirige, parte y emblema del patrimonio: la casa es todo esto, tanto para el gran señor, el propio rey, como para el siervo. Para la mayoría de los hombres es además el lugar de trabajo, procura la mano de obra necesaria para su actividad productora, mujer, hijos, obreros. El edificio es difícil de disociar, en la mente y en el discurso, de las funciones de que es órgano. La casa, como ya hemos dicho, es «el átomo del mundo medieval».¹⁰ Los textos comentados por A. Borst dan testimonio, a lo largo de diez siglos, de la fuerza de atracción que ejerce sobre la persona la casa natal, cuyo recuerdo y presencia íntima siempre le permiten encontrarse consigo mismo cuando las circunstancias dramáticas cuestionan su identidad¹¹. La casa no es, como el terruño, una superficie extensa, sino un punto fijo en el que se concentran los valores de la vida.

Si bien, como da a entender Borst, la intensidad de esta percepción decae a partir de 1500, quedan algunas huellas en nuestro mundo actual. Sin duda una figura arquitectónica nos hace percibir oscuramente el origen mismo de los ritmos de socialización, el punto de unificación de la imaginación y de la memoria: percepción en la penumbra que se proyecta sobre varios esquemas que evocan la antigüedad, la permanencia, la certidumbre ontológica de la interioridad, el cielo y la tierra aquí presentes, reducidos a una simplicidad perfecta. Estos valores habitan a su vez varias imágenes (que ofrece la visión de la realidad o concibe la fantasía) recurrentes en el arte medieval, en los cuentos, en los temas maravillosos de la hagiografía y de la literatura cortes: el huevo, el sepulcro, la cáscara de nuez... La más impac-

¹⁰ Chapelot-Fossier, pág. 153.

¹¹ Borst, págs. 172, 175-178.

tante es la caracola, cuyo aspecto helicoidal sugiere una vida enroscada al modo fetal sobre ella misma. J. Baltrusaitis ha mostrado la persistencia de este motivo desde la Alta Edad Media en la decoración de los sarcófagos, las arquerías, las estelas de máfil; su multiplicación en el estilo gótico y su colofón, en el siglo XV, tanto en las obsesiones fantásticas de El Bosco como en la serenidad de la Venus de Botticelli. En el uso emblemático de la *concha venera* de Galicia, que se convirtió para toda Europa en la insignia de los peregrinos de Santiago ¡no podría haber un resurgir enmascarado de este esquema?¹² La aureola radiante con que suelen ir tocados los santos esculpidos o pintados se parece de forma asombrosa a esta concha, que remite al origen y al retorno.

Estas imágenes matriciales de la casa expresan, no tanto un deseo de arraigo definitivo como una angustia: fuera de ella, el hombre se pierde, abandonado a los demonios del espacio. La casa es lo contrario del universo. Uno de los elementos más visibles de su estructura, la puerta con su umbral, la separa de lo que está fuera de ella, uniendo a ello al mismo tiempo. En las casas mejor acondicionadas, una ventana, a veces más, presenta una vista protegida del exterior, pues nada más que la mirada puede salir por ella, ni entrar nada más que la luz. La poesía romance más antigua (como las *chansons de toile* o algunas epopeyas) extrajo de esta situación un *tipo*, que explotó hasta hace poco el folclore europeo: la «mujer de la ventana». Encerrada en la intimidad del hogar, pero ávida por conocer el mundo, esta imagen ideal, con su carácter equívoco y patético, seguía seduciendo en el siglo XVII a algunos pintores holandeses.

El francés antiguo tenía un tercer término, de uso más limitado, es verdad, que expresaba los valores implicados en esta noción: *estre* (de donde procede el francés *aires*, disposición de una casa), que viene del latín *extera*, cuyas diferentes acepciones remiten a la casa como lugar interior desde donde se ve el espacio exterior. El *estre* es la vivienda en general, o más especialmente sus vanos, ventana, balcón, galería. Casi todos los dialectos en Francia conservan fragmentos de este vocabulario, dando testimonio de su longeva vitalidad. El hombre ejerce en este lugar su «función de habitar», como la llamaba Bachelard¹³. La

¹² Baltrusaitis 1981, págs. 55-58; Bachelard, págs. 105-129.

¹³ Bachelard, pág. 72.

casa medieval (a la inversa de nuestros inmuebles urbanos modernos) está construida a la escala del hombre. Se armoniza con el gesto, con la organicidad corporal. La antigua relación que unió al cuerpo con la choza primitiva no está rota y la conmemoran sin saberlo muchos juegos infantiles y los temas de muchos cuentos¹⁴. ¿Lo estará antes del siglo XXI?

Quizá se mantuvo una oscura memoria de ello en las mentalidades de la Edad Media. Los trabajos consagrados desde hace algunos años a la casa medieval de varios países de Europa concluyen que, con excepción de los castillos y los monasterios (hablaré de ellos en el capítulo siguiente), la vivienda estaba en general construida con madera. Antes de los siglos XIII y XIV, sólo algunas regiones mediterráneas conservaron la costumbre de edificar en piedra. La experiencia de los pioneros de América del Norte y los mitos (todavía vivos) que engendró en el Nuevo Mundo atestiguan el poder de evocación que sigue teniendo en nuestros días la cabaña de troncos, producción de una naturaleza sin pulir, unida sin mediación aparente a la vida del que la construye y la ocupa. ¡No hay duda de que durante la Alta Edad Media, la vivienda rural, en la mayor parte de Europa, estaba más cerca de la tierra y la material vegetal bruta de lo que lo estuvo la cabaña natal (hoy legendaria en Estados Unidos) del presidente Lincoln! El uso de tablas, que exige una tecnología relativamente complicada, debió caracterizar las casas más ricas. El modelo más extendido antes del siglo XII fue aparentemente el refugio formado (de acuerdo con un modelo que se remonta a La Tène) por un enrejado de ramas sujeto a unas estacas, sobre una base de piedra seca, o la simple cabaña de hojarasca, recubierta con barro, de origen posiblemente germánico. Empleada en los campamentos de las legiones romanas, esta cabaña se denominaba *castra*, palabra que pasó a un uso común (¿para diferenciar de la *villa* del año las barracas *serviles*?), hasta el punto de acabar sustituyendo al término *domus*: el italiano y el español *casa*, así como la preposición francesa *chez*, atestiguan la permanencia de una imagen arcaica. Otras técnicas coexisten con ésta. En los países escandinavos, en los que los árboles son más escasos, los muros se construyen con una pila de tepes colocados sobre una base de piedra; en otros lugares, con troncos apladados; o con cañas y ba-

¹⁴ Rykwert 1976a, págs. 215-216.

ro, o incluso con adobe, mezcla de paja, piedras y arcilla reforzada por una estructura de madera. La cubierta se realiza con hojas, cañas, retama, bálago, dependiendo de los recursos locales, con tablas, y menos frecuentemente con pizarra, tejas, lajas. Las dimensiones debieron variar mucho, pero las excavaciones arqueológicas sugieren que durante mucho tiempo fueron exiguas: dos por tres metros, tres por cuatro, seis por seis para la treintena de cabañas, aparentemente miserables, repartidas en dos grupos de unos cientos de metros de largo, descubiertas por casualidad en 1965, en el poblado merovingio de Brebières, cerca de Douai¹⁵.

Hábitat de enorme fragilidad, efímero, pues es presa fácil de los incendios, soporte paradójico de los vínculos más fuertes. Es cierto que a partir del siglo XII la relativa prosperidad del campo permite reforzar las casas: especialmente gracias a la utilización de un amazón. En los siglos XIII y XIV, las técnicas de entramado, de relleno con tablonos de madera, inventadas en las ciudades del siglo XII, van llegando poco a poco a las zonas rurales. El paso de la madera a la piedra se produce lentamente, y nunca llegará a generalizarse. No obstante, aparece una diversificación, dependiendo de las regiones, de las costumbres familiares, de la situación económica, de la naturaleza del terreno y de los materiales disponibles, de las herramientas, de forma que estos estilos locales en formación se van integrando sin problemas en el entorno. Estamos todavía lejos, en el siglo XIII, de una verdadera arquitectura rural, pero entre los agricultores más acomodados se empiezan a definir algunas tipologías, que son todavía frecuentes, como la granja con el gran patio cuadrangular.

Así pues, en la casa rural, antes de la época moderna, no se ofrece al cuerpo mucho más de una protección provisional, desprovista de comodidades. Para la gran mayoría de los seres humanos, la casa es un lugar indiferenciado. Sirve de refugio, pero el espacio no está funcionalizado. Antes del siglo XIII, la norma parece ser la casa sin divisiones interiores, en la que se duerme en un rincón, se cocina en otro, se trabaja en cualquier sitio. Puede haber también dos habitaciones, en una de las cuales está el hogar. Microcosmos alarmantemente íntimo; espacio de una promiscuidad incesante, que supone un nivel

¹⁵ Pitte, I, págs. 139-143; Duby-Wallon, págs. 303-304 y 515-518; Chapelot-Fossier, págs. 255-335.

de vida muy bajo de acuerdo con nuestros criterios. Hasta los siglos XV, XVI, y en medio urbano, no aparecen documentos que describan casas con una multiplicidad de habitaciones de uso más o menos especializado: cocina, sala, dormitorio, granero... Un estudio de N. Coulet, basado en unos sesenta inventarios *post mortem* de Aix-en-Provence en el siglo XV, revela que a lo largo de toda la escala social (de un obrero al arzobispo), la mayoría de las viviendas tienen al menos dos habitaciones; ¡la casa más suntuosa tiene veintiséis! Una investigación del mismo tipo realizada en Siena y Florencia en la misma época nos ofrece datos similares¹⁶. El mobiliario no es menos pobre ni menos frágil: casi inexistente entre los aldeanos de la Alta Edad Media, reducido a unos pocos utensilios de barro cocido o de madera y a los útiles que sirven para la conservación de los alimentos y de otros bienes: vasijas y arcas, unas y otras cargadas de valores simbólicos, objetos de todo un folclore, que constituye el paisaje de fondo de la Búsqueda del Santo Gral en los *romans* de la Tabla Redonda, así como de varios motivos de *fabliaux*. La iluminación, muy escasa (algunas velas, una candelabro, una lámpara de aceite, que provoca más o menos humareda, el simple reflejo de las llamas de la chimenea), transforma, al caer la noche, estos pobres objetos en seres fantasmagóricos, en la caverna de este espacio reducido, surcado por sus formas movedizas. A medida que avanzamos hacia los siglos XIII y XIV, y en primer lugar en las ciudades, los útiles domésticos se perfeccionan, prefigurando lo que será hacia 1900 el «interior» burgués, espacio perfectamente domesticado, a costa de su significación profunda.

*

En la red afectiva que va envolviendo al hombre por todas partes ¿queda lugar para la emoción estética? ¿El occidental de la Edad Media puede considerar bello su entorno familiar? Vale la pena hacerse la pregunta (al menos a propósito de los espacios exteriores) y la respuesta no es nada evidente.

En otras palabras: ¿se percibe el terruño como un *paysage* ? Utilizo esta palabra en el sentido pictórico, que por otra parte no aparece en francés hasta el siglo XVI. Actualmente, varios autores la utilizan de

¹⁶ Noullet (N.), comunicación oral, mayo 1990; Redon.

forma abusiva en el sentido que yo le doy a *terroir* (terruño), o incluso de *territoire* (territorio). Es mejor evitar esta confusión. «La naturaleza no sabe nada de lo que nosotros llamamos paisaje», me dice el pintor Mels Van Zutphen. Invento moderno, el paisaje no existe en sí mismo. Sin embargo, adquiere un sentido gracias a nosotros que lo contemplamos; la exaltación que nos embarga procede del sentimiento poderoso y confuso que nos produce el hecho de darle existencia. El paisaje es para nosotros un objeto construido, que toma una forma gracias a una operación controlada de los sentidos; frágil concreción afectiva, conciencia fugitiva pero profundamente interiorizada, cargada quizá de recuerdos del lugar natal. Es ficción, que cuestiona la relación del hombre con la realidad relínea. De este paisaje que admiro, soy el deprecador. Sobreviene como hacen los sueños, y como aquéllos, pasa a subsistir en las palabras con las que lo evoco. El paisaje no se disocia, pues, de un sujeto al que remite necesariamente. Por eso es tan ambiguo (y por eso es tan fácil para nuestra publicidad turística, en el mercado actual de «bellos» paisajes, convencer a cualquiera de cualquier cosa!).

¿Qué ocurría en los siglos XII, XIII, XIV? La poesía románica y germánica más antigua no está totalmente desprovista de alusiones a las formas de la tierra, a la vegetación, a los efectos de la luz. Sin embargo, no son objeto de ningún desarrollo descriptivo y se quedan en estereotipos. Los pintores llamados primitivos no proceden de forma diferente: un mínimo rasgo ornamental, aislado, la mancha de unos árboles, la silueta de una colina lejana, se van colocando aquí y allá sobre una superficie dorada que proclama la grandeza de Dios y la intensidad de la gloria espiritual, a la manera de las alusiones florales de los poetas alegóricos, que tanto predicamento tienen. A finales del siglo XII, se dibuja un cambio de actitud. Técnicamente mejor armado para actuar sobre su entorno espacial, el hombre de Occidente se pone a observarlo con más interés. El ilustrador del manuscrito de los *Carmine Burana*, poco después del 1200, despliega con una fantasía totalmente gratuita el bosque lujurioso e improbable del folio 64. En el género literario de ficción que se está formando, el espacio natural recupera narrativamente, si no una función importante, al menos un lugar, que lleva añadido un cierto valor emblemático en el mejor de los casos. El lector no puede olvidar del todo que la aventura se desarrolla *abhi*: en este espacio, los accidentes del relieve: ciénaga, landa,

montaña, desfiladero, valle, manantial, río, isla, a veces un paisaje marino, constituyen partes o puntos de referencia, o incluso marcas rituales. P. Gallais ha inventariado en dos docenas de *roman* franceses este vocabulario, relativamente diversificado (más de ciento veinte términos diferentes), concreto y preciso¹⁷. No obstante, los textos se limitan a avanzar estos términos, sin más artificio, como un trampantojo que oculta lo que sin duda sólo es un vacío para los autores. A veces, parece ganarles un vértigo y acumulan palabras como para sugerir indistintamente, con todo el conjunto, lo inefable. Yvain, en los versos 762 y siguientes de la obra de Chrétien de Troyes, franquea en una frase montañas, bosques, «lugares extraños», pasos traicioneros, desfiladero peligroso, zarzal oscuro.

Hay un rasgo que llama la atención: el sesenta por ciento del vocabulario estudiado por Gallais remite al agua: el equivalente de *mar*, *aguas*, *ola*, *roca*, *estanque*, *fuenta*, *lago*, *río*, y muchos más. Estudios puntuales, como los reunidos en 1985 en un número especial de la revista *Senefiance*, muestran cómo, entre los siglos XII y XV, los occidentales se mostraron sensibles a las virtualidades simbólicas del elemento líquido. En todas las actividades del hombre, en todas las formas de existencia, el agua obsesiona a la comunidad. Monjes y campesinos luchan para dominarla y para someterla a la vida. Sin embargo, nunca lo consiguen del todo. En la imaginación común, es al mismo tiempo purificación y muerte. No hay duda de que connota así las secuencias narrativas en las que se la nombra, dramatizándolas en cierta forma.

Una transferencia análoga de valores podría producirse con todas las palabras que evocan las formas de la tierra. Es lo que impide la emergencia de un «paisaje» propiamente dicho, representación de una belleza natural en la que el hombre se complace, sin buscarle más significación. Si nos atenemos a esta definición, hay que decir claramente que la Edad Media ignora el paisaje. El hombre de entonces, según la observación de Gourevitch, estaba ligado de forma demasiado estrecha a la naturaleza que le rodeaba como para hacerla objeto de un juicio estético¹⁸. Las imágenes de exteriores rurales, cuando adquieran más importancia, en los pintores de los siglos XIII y XIV, se subordinan

¹⁷ Gallais 1988, págs. 136-144; véase Notz, págs. 28-37, 43-46.

¹⁸ Gourevitch, págs. 57-58, 70.

a un discurso diferente, que se limitan a introducir: exaltar el trabajo humano, la obra de la Iglesia, una escena bíblica, como en la miniatura del *Speculum virginum* de Konrad von Hirsau, en el museo de Bonn (hacia 1200), o en Giotto, en los frescos de la capilla de los Scrovegni, en Padua, hacia 1450, en la *Adoración* de Filippo Lippi, en los Uffizi de Florencia. El espectáculo que descubre desde la cima del Ventoux suscita en el espíritu de Petrarca el recuerdo de una frase de las *Confesiones* de San Agustín que conmina al hombre a apartar su mirada del mundo. Los temas representativos que en la época moderna consideraremos constitutivos del paisaje, pictórico o literario, incluyen una referencia religiosa que el contexto suaviza, como mucho, sin llegar a borrarla. La visión de la naturaleza incita a alabar a Dios y a Su obra. Los monjes del siglo IX que, en un meandro magnífico del Dordoña, fundaron la abadía que llamaron Beaulieu, querían con ello glorificar al Creador y significar que el lugar les gustaba. El juicio estético, mediatizado por un sentimiento más fuerte, quedaba desviado y como suspendido.

Esta forma de sensibilidad persistía en algunos medios en el siglo XVIII; los primeros pioneros de América del Norte percibieron el esplendor del nuevo continente como un himno al Dios cristiano¹⁹. Bajo esta justificación se multiplicaron no obstante desde mediados del siglo XIII los *tipos* pictóricos, en un primer momento sin duda ornamentales, pero que poco a poco invadieron el campo representativo: fondos continuos o lejanos de los retratos, que muestran una extensión de amenas colinas cultivadas; vista en picado de una región, una ciudad, captadas desde un punto de vista idealizado; imagen de las labores de la tierra, en calendarios pintados, esculpidos, más adelante grabados en madera; motivos naturales asociados a la Virgen, que representan gráficamente su gracia y sus virtudes; estas fértiles llanuras, estos pueblos, estos ríos salpicados de puentes que vamos encontrando de cuadro en cuadro en Giovanni Bellini... Es la época en que en los Estados de Occidente asciende con fuerza una clase burguesa precapitalista; el momento en que empieza a asentarse la próxima hegemonía de la escritura en todo aquello que concierne a la formación y al gobierno de los hombres. ¿Hay algún vínculo entre estos hechos? Habría que suponerlo, al ver que el siglo XX, cuyos pinto-

¹⁹ Novak

res, por el contrario, han roto, o tratado de romper con la tradición paisajística, vuelve a formas nuevas de oralidad y termina de desarticular las estructuras y la ideología burguesas.

Hacia 1400, las formas de la naturaleza exterior no siempre han sido objeto de consideración por ellas mismas. Marco Polo cruza toda Asia, a través de regiones cuya belleza entusiasma al viajero de nuestros días. Él no dice nada. Su discurso no se asombra, y sólo se vuelve admirativo cuando se refiere a la obra de los hombres. Algunos testimonios, escasos es verdad, nos revelan la emoción que experimenta un hombre ante el espectáculo de lo que le rodea: se trata más bien, por lo que se puede juzgar, de una sensación cinestésica que acompaña la conciencia feliz de ocupar un lugar sobre la tierra. Hacia mediados del siglo xv (cuando se va a emprender la gran aventura marítima de Occidente) aumenta rápidamente en la pintura la amplitud de la ornamentación paisajística. Un poco de anacronismo nos basta para percibir como paisajes muy hermosos el políptico de Saint-Bavon, de Jan Van Eyck, en Gante, como el *Descendimiento de la Cruz* de Petrus Christus (en el museo de Bruselas), la Santa Margarita de las *Horas de Etienne Chevalier*, que Fouquet envía a apacentar sus ovejas en la dulce campiña del Valle del Loira, la *Lamentación* de Dureto en la pinacoteca de Munich. Con Patinir y Aldorfer, en los inicios del siglo xvi, los avances ya son irreversibles. En Italia, se han fusionado las diferentes tendencias que desde hace siglos llevaban estas representaciones. Sin embargo, sigue presidiendo una concepción cósmica, un impulso adorador (¿y pagano?) que cien años más tarde llegará a su apogeo con Rubens, Ruysdael, Rembrandt y también Poussin, Claudio de Lorena y muchos más. Tendrá que llegar el siglo xviii prerromántico para liquidar estas secuelas medievales, buscar y encontrar el contacto puro y commovedor con la visualidad del espacio y de los lugares. Quizá esta voluntad se alimente con una nostalgia del Paraíso y de la inocencia perdida; quizá el «paysaje» inventado por los románticos fue para ellos un sustituto de lo sagrado, la compensación de un exceso de razón²⁰. Estas motivaciones, asumidas, superadas, integradas en problemáticas hasta entonces insospechadas, enriquecerán sin entorpecerla la práctica paisajística del siglo xix, esta práctica que fue el rasgo más admirable de su modernidad.

²⁰ Corboz, pág. 28.

V

Construir

EL ESPACIO EDIFICADO. IGLESIAS Y MONASTERIOS.
CASTILLOS Y PALACIOS. EL JARDÍN

En la imaginación medieval existe una fuerte oposición entre la tierra desnuda y el espacio edificado. Se trata de una polaridad primordial en la organización de sus temas y el funcionamiento de su fantasía¹. El espacio construido y habitado (casa, castillo, monasterio) deja de ser un lugar como los demás. Una vez edificado, queda arrancado a la simplicidad apacible o terrorífica de la naturaleza. Habitado, queda en cierta forma socializado. La baja densidad de población en muchas regiones y, en otras, la concentración de los hombres en aglomeraciones muy densas contribuyen a acusar estos contrastes en la experiencia cotidiana. Sin embargo, dependen de causas profundas, inscritas en el ser mismo de la construcción, en lo que tiene de incomparable la acción de edificar.

La construcción erige en valor absoluto la oposición entre *dentro* y *fuera*, así como entre *volumen* (que me engloba) y *masa* (que puedo observar). Esta podía ser su función primordial: dar esta señal indudable, que introduce el orden en el caos espacial. De aquí se deriva el

¹ Pichler, págs. 72-78; véase Le Goff 1980, pág. 17.